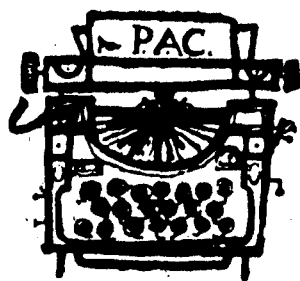


escrito a máquina

Reflexión cristiana

en los escombros



El Libro de los Siete Sellos está escrito por dentro y por fuera, dice el Apocalipsis. O como me decía Ernesto Cardenal, todo acontecimiento del universo es un sacramento: por fuera vemos la obra del hombre o de las fuerzas naturales, por dentro, Dios escribe o manifiesta su voluntad. Toda la historia universal aparece como un gigantesco drama de vida y de muerte, pero es hasta la Encarnación —hasta la vida y muerte de Cristo— que el hombre pudo asomarse, ¡apenas asomarse!, al misterio, y barruntar el revés de la trama de su destino. Si creemos que hubo una muerte redentora —la del Hijo de Dios—, si el fracaso humano de Cristo tiene un sentido, quiere decir que detrás o debajo de lo aparentemente destruido y fracasado hay una misteriosa fecundidad. ¡Pensamiento difícil y doloroso dentro de la fe! Pensamiento que a Cristo mismo le hizo sudar sangre. “Si es posible —dijo en su oración en el huerto que pase de Mí este cáliz—. El cáliz hubiera podido pasar. Pero no pasó. Nuestra mente se niega a aceptar esa imagen de la OMNIPOTENCIA de Dios, y, sin embargo, es ese mismo Cristo en agonia, el que unas horas antes había dicho: “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”.

Los que escribimos sabemos hasta qué punto el corregir, el borrar (es decir, el destruir) es parte sustancial del acto humano de crear. De la frase tachada surge la expresión limpia y exacta. En la historia es frecuente que la destrucción acabe revelando sus valores positivos con el tiempo. Pero el cristiano, colocado por su fe ante la destrucción, sabe de antemano que todo lo que acontece en el tiempo, está inserto en el AHORA permanente o eterno de Dios; que las fuerzas naturales operan según sus propias leyes, pero que en el Libro de los Sellos hay una Mano que escribe utilizando esos trazos amargos; que lo que escribe es su Voluntad, y que su voluntad es Amor.

Por otra parte, todo acaba y todos acabamos. En las grandes catástrofes lo que realmente sucede —dentro de la historia de lo finito, es que lo que iba a acabar en forme sucesiva, se destruye al unísono. Diariamente mueren hombres, diariamente algo deja de ser, por envejecimiento u olvido. Pero que en un día mueran veinte mil personas, o llegue a su fin una ciudad entera, nos horroriza, ¡y con razón! El espectáculo de la muerte y de la destrucción repugna a la naturaleza humana, la cual, aunque lo niegue, se siente destinada a la inmortalidad y trata que toda obra de sus manos permanezca y venza al tiempo. Sin embargo, y en contradicción con este sentimiento del hombre —y que sólo el hombre tiene— tanto él como todo lo que lo rodea, terminan. El hombre siempre actúa como si fuera más que hombre, más que mortal y finito. “Ser hombre —decía Jaspers— es sobrepasarse sin cesar”. El cristiano sabe que este drama del vivir humano (“Oh, miseria, de toda lucha por lo finito!” escribe Rubén) descubre ese revés misterioso de la trama: Detrás de los escombros del tiempo, está lo eterno. Dios. Detrás de la carne —o encerrada en ella dándole vida— lamea el espíritu, creado para trascender toda destrucción.

Así pues, todo lo que el hombre hace, tiene que desembocar en la trascendencia.

Frente a la destrucción, frente al terremoto, no puede el nicaragüense reducirse a pensar solamente en re-construir (que es repetir), sino en construir, que es crear. La destrucción siempre pide CAMBIO. En la frase borrada por el sismo (en la tachadura sufrida por nuestra historia) debemos leer, o procurar leer, los dos textos del Libro de los Sellos. El de adentro y el de afuera. La lección de lo finito y la lección aún más importante de lo trascendente.

Lo FINITO nos exige apelar a la ciencia, PERO con seriedad. Nos exige rectificaciones sustanciales basándonos en la geología, en la sociología, en la economía, en la historia. Que los intereses actuales o el lucro inmediato no priven sobre la seguridad de la ciudad futura. Que el lugar y la distribución urbanística de la nueva Capital, lo mismo que la consistencia de sus nuevos edificios públicos y privados no sean una nueva trampa mortal para nuestros hijos, ni una loca inversión centralizada de toda nuestra riqueza nacional expuesta otra vez, por entero, al desastre. Lo finito nos obliga también a preguntarnos qué trauma ha producido en el nicaragüense la pérdida radical, ya por tres veces, de su Capital; las dos últimas en menos de medio siglo; y cómo curar ese trauma que nos hace gente sin historia, exótica, improvisadora y sin raíces; dándole a nuestro pueblo una educación más acentuadamente humanista y una concientización y organización social profundamente comunitarias. Lo finito nos obliga a construir —como decía el Arq. Eduardo Chamorro Coronel— la Capital DEL FUTURO, es decir, una cabeza (que eso es Capital) que contenga el pensamiento y el desarrollo del mañana histórico; la capital que pide NUESTRA historia y no la que repite sus errores en planos improvisados sobre un escritorio, etc. etc.

Pero lo finito y material, cuyos errores podemos corregir o salvar recurriendo a las ciencias y a la técnica, carecerían de base y de proyección sin el espíritu que las trasciende. Se trata de construir una ciudad PARA los hombres (¡hombres, no números!) y eso que hemos llamado “trascendencia” —que es el actuar humano de acuerdo con las normas de Dios— no se rige por otra ley que la del Amor. Y “amor” es todo lo que beneficia y dignifica al hombre: justicia, bienestar, solidaridad, liberación...

Preguntemonos entonces: ¿las estructuras de la ciudad destruida, escribían justicia y dignidad para el nicaragüense? ¿Eran signo de amor la llaga de Acahualinca o el cinturón miserable de nuestros barrios o la agresividad explotadora de muchos de nuestros negocios y empresas? — Si el terremoto ha tachado la ciudad ¿podemos volver a escribirla —como ciudad PARA el hombre, como verdadera comunidad HUMANA— repitiendo sus anteriores líneas? ¿No es el momento de aprovechar lo borrado para que el espíritu escriba la frase exacta y limpia de la Justicia y del Amor que es fraternidad?

Toda Managua, en diversos niveles, ha sufrido una desposesión, un expolio. Toda Managua, empujada por la fuerza del sismo, se ha acercado o conocido en su propia carne lo que vivieron por años miles de hermanos nuestros marginados: el no tener techo, ni luz, ni alimento, ni agua. El ver, impotentes, arrebatados sus haberes. El dormir bajo capotas o techos improvisados. El no tener un ataúd o una medicina o una mano amiga en el momento desesperado de la necesidad. El terremoto nos ha obligado a valorar en su verdadero valor lo perecedero y lo permanente. Lo que vale un gesto fraterno en la desgracia y lo poco que vale toda la riqueza del mundo cuando se tiene una pared encima que nos aplasta o asfixia.

Aprovechar esta lección es, simplemente, saber leer el texto trascendente del terremoto para rectificar y poder escribir nuestra “otra” historia. En nuestra mano está hacer fecunda la destrucción.

El terremoto ha sido una revolución. La parte negativa y terrible de muchas revoluciones la hemos sufrido hasta las heces. Sería insensato dejarla sin contenido trascendente.

PABLO ANTONIO CUADRA